

MIGUEL DELIBES / Escritor

Con motivo del 87º cumpleaños, el próximo miércoles, de Miguel Delibes, Destino y Círculo de Lectores publican sus 'Obras Completas'. El autor de títulos señeros en la historia de la literatura española del siglo XX como 'El camino' habla en esta entrevista sobre su vida, la censura, el cambio climático y la política española

PILAR ORTEGA BARGUEÑO

Premio Cervantes, Príncipe de Asturias, de las Letras... Don Miguel Delibes tiene todos los premios posibles y el respeto de sus lectores, que son legión. El miércoles cumple 87 años y se publican sus *Obras Completas*. Ayer mismo contestó a este cuestionario.

Pregunta.— ¿Cómo se encuentra de salud, don Miguel?

Respuesta.— Desgraciadamente la salud no me acompaña. La operación de cáncer fue bien, según dicen, pero me dejó un postoperatorio que después de 10 años aún no ha terminado. Quedé inútil para muchas cosas, como escribir o cazar. Y así sigo.

P.— ¿Va a celebrar de alguna forma especial su 87º cumpleaños?

R.— Resignadamente. No deseo más tiempo. Doy mi vida por vivida.

P.— Las *Obras Completas* que va a sacar Destino con Círculo de Lectores pueden ser un bonito regalo... ¿no?

R.— Espero que sí. Por una vez van a ser completas de verdad, es decir se incluirá *Aún es de día* tal como la escribí, como la modificó la censura y como se publicó. Como novela, no, pero como documento puede ser interesante.

P.— ¿Qué otros regalos espera?

R.— El cariño de mis amigos y lectores, de mi familia, que nunca me ha faltado.

P.— ¿Después de anunciar su retirada de la escritura narrativa tras *El hereje*, ¿no ha sentido la tentación de sorprendernos con alguna obra nueva?

R.— No tengo capacidad para sorprender. El primer sorprendido si escribiese otra novela sería yo. Y no hablo en broma. ¿Qué le parece?

P.— ¿Cómo entretiene el discurrir de los días?

R.— Soporto los días, uno tras otro, todos iguales. Aguanto. Me horrorizan los quejicas que pretenden hacer de sus males el eje del mundo. La artritis reumatoide no es una broma, claro, pero ¿qué puedo hacer? Aguanto.

P.— ¿Sigue devorando los libros? ¿Qué libros está leyendo?

R.— He leído un libro sobre Nadal. Está bien. Admiro a los triunfadores. Ahora leo a Castellet, aunque siempre fue lo suyo. Me interesa especialmente por eso.

P.— Jorge Urdiales recuperó en un diccionario los términos rurales que salpican sus novelas. ¿Teme que vayan desapareciendo?

R.— Creo que lo de Urdiales es un poco prematuro. No subrayó mis subrayados. En ese diccionario hay palabras de pueblo y palabras de región. No todas valen, aunque casi todas tienen algún interés.

P.— ¿En *Los santos inocentes*, describía usted a los pobladores del campo y el trato que reciben. ¿Eso forma ya parte del pasado o cree que la gente del campo sigue maltratada?

R.— En determinados lugares y en determinadas circunstancias, sí, sigue maltratada. Todavía no es historia.

«No deseo más tiempo. Doy mi vida por vivida»



CARLOS MIRALLES

«No tengo capacidad para sorprender. El primer sorprendido si hubiese otra novela sería yo. Y no hablo en broma. ¿Qué le parece?»

«El uso diario empobrece el lenguaje pero el tiempo lo enriquece. Tendemos a reducirlo, simplificarlo. Nos cuesta armar una frase»

P.— ¿Cómo ve el problema de la degradación de la naturaleza?

R.— Gravisísimo. El cambio de clima está siendo catastrófico. ¿Dónde vamos? Caminamos demasiado lentamente para remediarlo. Sabemos más o menos lo que tenemos que hacer, pero no sabemos cómo empezar. No nos ponemos de acuerdo. Y el mundo se deshace un poco cada día.

P.— Su preocupación por la naturaleza ha inundado sus libros. ¿Quién cree que es el responsable de que el planeta esté tan amenazado?

R.— El afán de progreso, la ambición de poder. La creencia de que el hombre lo puede todo: puede hacer y deshacer sin que se hundan las esferas.

P.— ¿Le preocupa el terrorismo internacional?

R.— Mucho.

P.— ¿Qué siente ante la avalancha de inmigrantes a los países ricos?

R.— Una pequeña satisfacción de

estar remediando una necesidad. Y un poco de miedo de estar haciéndolo con los ojos cerrados, sin garantías. La necesidad merece una atención y un respeto, pero también los *invasivos*.

P.— ¿Cree que las nuevas generaciones serán mejores que las que ahora gobiernan el mundo?

R.— Ahí está el quid de la cuestión. El porvenir está en esas generaciones. Si son mejores, eso habremos ganado; si son peores, Dios nos coja confesados.

P.— Desde su faceta de académico de la lengua, ¿cree que el lenguaje se empobrece también?

R.— El uso diario lo empobrece, sí, evidentemente, pero el tiempo lo enriquece. Tendemos a reducirlo, a simplificarlo. Nos cuesta armar una frase. De este modo, los que hablan mucho, tropiezan mucho, y los que miden sus palabras se van apartando del problema.

P.— ¿Qué títulos de su obra le han

«Sentí la ausencia de Umbral desde que se fue de Valladolid. Aquí tenía a mano un escritor brillante y un inteligente censor. Mi relación con él no tenía plazos fijos»

«No he cambiado mi opinión sobre Zapatero y Rajoy [dijo que le aburrían sus insultos cruzados]. Me temo que ninguno de los dos tiene otros recursos»

dado más satisfacciones?

R.— *La sombra del ciprés* (como premio), *Viejas historias de Castilla la Vieja*, *Los santos inocentes*, *El hereje*... Hay novelas mías que me interesan por diversas razones.

P.— Si tuviese que llevar a un libro una pasión personal, ¿cuál sería?

R.— No lo he pensado. Si lo hubiera pensado lo hubiera hecho sin anunciarlo.

P.— El día 11 de octubre se falló el Nobel, ¿le hubiera gustado recibir ese premio al que tantas veces ha sido candidato?

R.— Me hubiera agradado, en efecto.

P.— ¿Guarda en su cajón muchos textos inéditos?

R.— Algún artículo, quizá. Publiqué lo que escribí, aunque fuera áspero y duro. Tuve suerte para torear a la censura. Y algún amigo me dejó el capote.

P.— ¿Se siente satisfecho de las versiones cinematográficas que se

han hecho de sus obras?

R.— Ha habido de todo: grandes películas como *Los santos inocentes*, de Camus; buenas películas como *El Sr. Cayo*, de Giménez Rico; malas e infames películas, como *La sombra del ciprés es alargada*, de Alcoriza.

P.— ¿Qué opina de los medios de comunicación? ¿Gozan de su interés?

R.— Sí, los considero amigos míos. Me han tratado bien aunque no sólo hayan vertido elogios. Por lo general, me han enseñado, me han orientado y he llegado a muchos autores gracias a ellos.

P.— ¿Qué le aportó su actividad como periodista a su carrera literaria?

R.— Es una vieja pregunta. Me enseñó a valorar la Humanidad de la noticia. Esto para mí fue un descubrimiento fundamental. Y como trabajé en una época en que los periódicos tenían dos hojas, aprendí a economizar palabras, a decir muchas cosas en poco espacio.

P.— Este año Francisco Umbral no le va a felicitar por su cumpleaños, ¿sentirá su ausencia?

R.— He sentido la ausencia de Umbral desde que se fue de Valladolid. Aquí tenía a mano un escritor brillante y un inteligente censor. La amistad se espacia en los kilómetros y aunque no desaparece se enfría. Mi relación con Umbral en Madrid no tenía plazos fijos. Nos sabíamos uno a disposición del otro, pero nos usábamos poco.

P.— ¿Siente que se va quedando solo?

R.— Por días. La evacuación del mundo de la gente de mi generación y de generaciones anteriores es palpable. No hace falta mirar las esquelas de los periódicos para darse cuenta, las despedidas están a la orden del día.

P.— ¿Percibe que le queda aún algo por hacer?

R.— Muchas cosas. Pero no es momento de pensar en eso.

P.— ¿Considera que su obra ha sido suficientemente reconocida en España?

R.— A mi juicio sí. Y en buena parte del extranjero, las ediciones me han favorecido mucho y hoy tendré traducidos centenar y medio de libros.

P.— ¿Sigue de cerca la actualidad política?

R.— Bastante de cerca, pero más por preocupación que por afición. No me gusta la política ni los políticos. Hablo en general, claro.

P.— ¿Ha cambiado su opinión sobre Rodríguez Zapatero y Rajoy, de los que dijo que le aburrían sus insultos cruzados?

R.— No porque tampoco han cambiado ellos. Siguen tratándose como hace medio año. Me temo que ninguno de los dos tiene otros recursos.

P.— Decía Umbral que sobre Delibes ya está dicho todo, ¿lo cree así?

R.— Todo lo bueno, supongo, pero siempre quedarán maldades por decir. En la duda es preferible no moverlo.

MIGUEL DELIBES, EN SU 87º CUMPLEAÑOS

EMMA RODRÍGUEZ

MADRID.- En un texto estremecedor realizado como preámbulo al primer tomo de sus *Obras Completas* (*El novelista I*), Miguel Delibes fija su fin como escritor hace casi 10 años, en mayo de 1998, cuando fue operado de cáncer. El carácter pesimista del escritor, su lucidez, su capacidad para aceptar sus propias deficiencias, su talante vital, en fin, se reflejan en un escrito que se convierte en un pequeño regalo para sus muchos admiradores.

Después de 'El hereje' se titula precisamente ese preámbulo en el que da cuenta de cómo el silencio y la vida contemplativa pasaron a dominar su vida. «El balance de la intervención quirúrgica fue desfavorable. Perdí todo: perdí hematies, memoria, dioptrías, capacidad de concentración... En el quirófano entró un hombre inteligente y salió un lerdito. Imposible volver a escribir (...) Estaba acabado (...) Terminé como siempre había imaginado: incapaz de abatir una perdiz roja ni de escribir una cuartilla con profesionalidad».

Así se confiesa Delibes en un escrito breve y conciso, cargado de profundidad y sinceridad. Un escrito que no es la única sorpresa del primer volumen de las *Obras Completas*, que acompañado del séptimo y último, un compendio de sus textos más autobiográficos, sus crónicas de viajes y sus recuerdos, llega el próximo miércoles a las librerías gracias a la iniciativa conjunta de Destino y Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores.

No es la única sorpresa porque el lector disfrutará también con la inclusión de los cortes que en su día hizo la censura a la que fue la segunda novela de Delibes, *Aún es de día*, una obra que ahora se incluye como anexo después de vencer las reticencias del escritor, quien siempre la ha visto como un ejercicio, un balbuceo de principiante que, además, la censura se encargó de desmejorar.

«Delibes ha repudiado el humor tosco de esta novela en la que la crítica ha destacado su cuidada estructura, pero al final ha aceptado recuperarla por su interés para los estudiosos de su obra», señala Ramón García Domínguez, responsable de

El novelista, el cazador, el viajero, el periodista... todos en uno

Siete volúmenes fijarán definitivamente la dilatada trayectoria del autor de 'Cinco horas con Mario' y 'Los santos inocentes'



El escritor y su mujer, con la que se casó en 1947 y que fue la madre de sus siete hijos, en una tarde apacible en el campo.

PALABRAS CENSURADAS

● Y allí se solazaba tentando sus curvas, estrechándole contra sí, en un impulso vehemente y estéril, inconfesado, de encelar a la bella Irene. Luego, apenas consumada la vergonzosa acción, Sebastián experimentaba una repugnancia nauseabunda, se prometía no volver a visitar al polvoriento pelele, dejarlo allí olvidado y muerto hasta que las modas y la costumbre volvieran a reclamar su presencia en los escaparates. Pero su propósito de enmienda duraba poco. Pasaba él por una época de vacilaciones, de hondos baches espirituales, de una vacía y vertiginosa depresión moral, que enervaban sus decisiones, sometiéndole a

una conducta pendular y contradictoria. La vista de Irene reforzaba sus buenos sentimientos, no excitaba su carne como les ocurría a Martín y a los dos hermanos rubios, pero tras su visita, la conciencia de su relegación social, de la inutilidad de su amor, le impulsaban al pecaminoso contacto con aquel ser inerte de inmutable expresión que yacía entre las puntillas y encajes amarillentos de la trastienda. A veces imaginaba que aquella acción rastrera y vil era el desahogo físico de la imposible posesión de Irene.

Fragmento censurado por el franquismo de la novela 'Aún es de día', publicada en 1949.

la edición de las *Obras Completas*.

En realidad, el escritor siempre ha dicho que su auténtica voz empezó a sonar con *El camino*, aunque los lectores ya empezaron a apreciarla en *La sombra del ciprés* es

alargada, premiada con el Nadal en 1947 y que marcó el comienzo de su carrera literaria, aunque él nunca la ha considerado más que el arranque de un principiante.

«Todos los temas de Delibes: la

infancia, la naturaleza, la angustia vital, la muerte, están ya en *La sombra*... Con el tiempo Delibes se ha reconciliado con la novela al ver que es de las más leídas y buscadas por sus lectores», dice García Domín-

guez, mientras que el propio autor da cuenta de su parecer en otro texto muy significativo que se incluye ahora en el primer volumen y que en los años 60 escribió como prólogo a un proyecto de reunir su obra que quedó inconcluso.

«Se trata -dice refiriéndose a *La sombra del ciprés*- de una novela mediocre, de un libro balbuciente. Sin embargo, y pese a considerarla malograda, es una novela con fuerza, que mete el frío en los huesos».

Delibes expresa también en el mismo texto su ojeriza a su segundo título, que escribió apremiado por el éxito del Nadal, y analiza sus siguientes novelas, *El camino* y *Mi idolatrado hijo Sisi*, que el lector se encuentra también en un primer tomo que incluye, además, *La partida*.

Títulos esenciales

Tres volúmenes más darán cabida a una dilatada obra narrativa que incluye títulos tan esenciales en la narrativa española contemporánea como *Los santos inocentes*, *Cinco horas con Mario* o *Viejas historias de Castilla la Vieja*. El Delibes cazador llegará en un quinto tomo, a través de sus conocidos libros sobre la caza y la pesca; el articulista y ensayista en un sexto y el más biográfico en el séptimo, que llegará primero a los lectores -este

miércoles- aunque sea el colofón de un proyecto que está previsto concluya entre 2008 y 2009.

Delibes ha supervisado uno por uno los textos, ha corregido puntuaciones, ha cambiado algún que otro término y ha escrito cosas nuevas, caso del ya citado preámbulo *Después de 'El hereje'* o de la explicación que antecede a *Aún es de día*. Ahora mismo está concluyendo otro escrito sobre los *Diarios* de Lorenzo (de un cazador, de un emigrante y de un jubilado) donde da cuenta de la evolución del personaje, según explica Ramón García Domínguez.

«Está satisfecho, yo no diría que entusiasmado ante el proyecto porque Delibes es Delibes», señala el responsable de las *Obras Completas*, quien, a modo de anécdota, cuenta que el escritor le dice de algún cuento recuperado: «Bueno, pues no es tan malo como yo creía».

además se refugió en las dudas de la fe y otras cuestiones íntimas.

Es Delibes, pues, de los autores de su promoción el único que persevera sin desmayo en una escritura enraizada en una realidad histórica concreta, la cual marca con claridad un camino personal al margen de los vaivenes de su generación. Y es que, en realidad, resulta poco exacto ponerlo, como se hace siempre, al lado de esos escritores mencionados.

Su sensibilidad, tanto por las preocupaciones como por el estilo, está más cercana a los narradores más jóvenes que él y que empezaron casi al mismo tiempo, los Ferlosio, Fernández Santos, Aldecoa, Martín Gaité... No pertenece Delibes al grupo de los años 50, pero hoy, desde la altura de una obra cerrada, lo vemos como un puente entre dos generaciones, la suya de primera posguerra y la nueva del medio siglo. Subrayaba Aldecoa que su interés era mostrar una realidad española «cruda y tierna a la vez, que está casi inédita». Delibes fue pionero en ese empeño que ha marcado su trayectoria entera y acota su papel histórico literario.

Un espacio histórico literario propio

SANTOS SANZ VILLANUEVA

Algo después, pero sin mucho tardar, surgió ya, sin embargo, esa conciencia clara de una nítida rebeldía frente a la realidad española que casi siempre encarna en Castilla. Ocurrió con el duro retrato del campo de *Las ratas*, en 1962, de hecho una plena novela social. Y esa actitud crítica y vigilante la volcó enseguida en la nítida denuncia de las clases medias provinciales: estamos en 1966 y ante la más famosa de sus obras, *Cinco horas con Mario*.

Ese papel de conciencia lúcida de una época, que señala muchos problemas y apunta la deriva insensata de una sociedad, la nuestra, enloquecida por el consumismo y aplicada a la destrucción del planeta, constituye la columna vertebral de sus muchas no-

velas, las cuales, por otra parte, cuentan interesantes historias humanas cargadas de emoción.

Ese eje ético, cívico y literario señala el espacio particular que ocupa en nuestra literatura última. Ello se ve con total claridad si se confronta esta deriva firme con la de Cela, Laforet o Torrente Ballester, los más señalados narradores que se dieron a conocer, como él, en plena posguerra. Cela terminó cultivando una misantropía agresiva, llena de desprecio por nuestra especie. Torrente se entregó en cuerpo y alma a un radical escapismo, el de la pura fantasía o el de los juegos literarios y artísticos. Por desgracia, Laforet, cuya *Nada* se ha convertido en título capital de los años 40, publicó muy poco, y

La avanzada edad y los quebrantos de salud hacen temer que Miguel Delibes haya abandonado definitivamente la escritura creativa, algo que él mismo viene dando a entender desde hace tiempo. Así que la segunda salida de sus *Obras completas* (ya preparó otras, obviamente muy incompletas, mediados los años 60) permitirá tener a mano y junta una dilatada labor y contemplarla como el conjunto algo variado pero muy unitario que es. Y facilitará percibir el espacio propio que ocupa esa fecunda escritura en las letras españolas de la segunda mitad del pasado siglo.

El espacio literario específico del vallisoletano se delimita después de haber recorrido un proceso evolutivo ejemplar y bastante fuerte. En el dossier que le dedica el último número de la revista sevillana *Mercurio* afirma Delibes que «la idea de redimir a los oprimidos impulsó mi pluma desde el principio». Aunque debe atenderse su opinión, creo que no es del todo exacta. Primero abordó problemas casi privados (la muerte en *La sombra del ciprés* es *alargada*) o se asomó a la Arcadia rural (sobre todo en su primera obra maestra, *El camino*).